

«Dicen que una persona nunca supera  
su primer amor verdadero...»

# La agenda roja

Sofia  
Lundberg



HarperCollins  
Narrativa

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

La agenda roja  
Título original: Den Röda adressboken  
© Sofia Lundberg 2017  
© 2018, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.  
© De la traducción, Carlos Ramos Malavé

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.  
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

© Del diseño de cubierta, Sanna Sporrang  
Imágenes de cubierta: Trevillion y Shutterstock

I.S.B.N.: 978-84-9139-334-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[La agenda roja. A. Alm, Eric](#)

[Capítulo 2](#)

[La agenda roja. A. Alm, Eric muerto](#)

[La agenda roja. S. Serafin, Dominique](#)

[La agenda roja. N. Nilsson, Gösta](#)

[Capítulo 3](#)

[La agenda roja. N. Nilsson, Gösta](#)

[La agenda roja. S. Serafin, Dominique](#)

[La agenda roja. S. Serafin, Dominique](#)

[Capítulo 4](#)

[La agenda roja. S. Serafin, Dominique muerta](#)

[Capítulo 5](#)

[La agenda roja. P. Ponsard, Jean](#)

[Capítulo 6](#)

[La agenda roja. N. Nilsson, Gösta](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[La agenda roja. P. Pestova, Eleonora](#)

[La agenda roja. N. Nilsson, Gösta](#)

[La agenda roja. P. Pestova, Eleonora](#)

[La agenda roja. P. Pestova, Eleonora muerta](#)

[La agenda roja. S. Smith, Allan](#)

[Capítulo 10](#)

[La agenda roja. S. Smith, Allan](#)

[La agenda roja. S. Smith, Allan](#)

[La agenda roja. S. Smith, Allan](#)

[La agenda roja. S. Smith, Allan](#)

[La agenda roja. A. Alm, Agnes](#)

[Capítulo 11](#)

[La agenda roja. A. Alm, Agnes](#)

[La agenda roja. S. Smith, Allan](#)

[La agenda roja. J. Jennings, Elaine](#)

[La agenda roja. S. Smith, Allan](#)

[Capítulo 12](#)

[La agenda roja. S. Smith, Allan](#)

[La agenda roja. J. Jennings, Elaine](#)

[Capítulo 13](#)

[La agenda roja. J. Jennings, Elaine](#)

[La agenda roja. N. Nilsson, Gösta](#)

[La agenda roja. J. Jennings, Elaine muerta](#)

[Capítulo 14](#)

[La agenda roja. A. Andersson, Carl](#)

[La agenda roja. A. Andersson, Carl](#)

[La agenda roja. P. Powers, John Robert](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[La agenda roja. A. Alm, Agnes muerta](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[La agenda roja. P. Parker, Mike](#)

[La agenda roja. P. Parker, Mike muerto](#)

[Capítulo 21](#)

[La agenda roja. J. Jones, Paul](#)

[La agenda roja. J. Jones, Paul](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[La agenda roja. J. Jones, Paul](#)

[Capítulo 25](#)

[La agenda roja. J. Jones, Paul muerto](#)

[La agenda roja. N. Nilsson, Gösta](#)

[Capítulo 26](#)

[La agenda roja. N. Nilsson, Gösta](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[La agenda roja. A. Andersson, Elise](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[La agenda roja. A. Andersson, Elise](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[La agenda roja. S. Smith, Allan](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[La agenda roja. A. Nilsson, Gösta muerto](#)

[La agenda roja. A. Andersson, Elise muerta](#)

[Epílogo](#)

*Para Doris, el ángel más hermoso del cielo.  
Me diste aire para respirar y alas para volar.*

*Y para Oskar, mi tesoro máspreciado.*

# 1

El salero. El pastillero. El cuenco de caramelos para la garganta. El aparato para tomar la tensión en su caja de plástico ovalada. La lupa con su cinta roja de encaje arrancada de una cortina navideña, atada en tres nudos gruesos. El teléfono con los números extragrandes. La vieja agenda roja de cuero, con las esquinas dobladas, bajo las que asoma el papel amarillento de dentro. Lo coloca todo con cuidado en medio de la mesa de la cocina. Tiene que estar todo ordenado a la perfección. Ni una sola arruga en el mantel de lino azul recién planchado.

Experimenta un momento de calma mientras contempla la calle y el ambiente gris. La gente que corre, con o sin paraguas. Los árboles sin hojas. El aguanieve sucia de la calzada.

Una ardilla corretea por una rama con un brillo de alegría en la mirada. Ella se inclina hacia delante y sigue con atención los movimientos del animalillo, que agita la cola peluda de un lado a otro mientras se mueve con agilidad entre las ramas. Después salta a la carretera y desaparece de inmediato, en busca de nuevas aventuras.

Casi debe de ser la hora de comer, piensa mientras se acaricia el estómago. Levanta la lupa y se la acerca al reloj dorado de pulsera con una mano temblorosa. Los números siguen siendo demasiado pequeños y no le queda más remedio que rendirse. Entrelaza las manos sobre el regazo y

cierra los ojos un instante, a la espera del sonido familiar de la puerta de entrada.

\* \* \*

—¿Está echando una cabezadita, Doris?

Una voz excesivamente alta la despierta. Siente una mano en el hombro y, medio dormida, trata de asentir y sonreír a la joven cuidadora que se inclina sobre ella.

—Debo de haberme quedado dormida. —Se le atascan las palabras y se aclara la garganta.

—Tome, beba un poco de agua. —La cuidadora le acerca un vaso y Doris da unos pocos sorbos.

—Gracias... Perdone, pero he olvidado su nombre. —Vuelve a ser una chica nueva. La anterior se fue porque iba a retomar los estudios.

—Soy yo, Doris. Ulrika. ¿Cómo se encuentra hoy? —pregunta, pero no se detiene a escuchar la respuesta.

Aunque Doris tampoco responde.

Observa los movimientos acelerados de Ulrika por la cocina. Ve que saca la pimienta y vuelve a guardar el salero en la despensa. Deja el mantel lleno de arrugas a su paso.

—Nada de sal en exceso, ya se lo he dicho —le dice Ulrika con el envase de la comida en la mano y una mirada de reprobación. Doris asiente y suspira mientras Ulrika retira el plástico del envase. Salsa, patatas, pescado y guisantes, todo mezclado y dispuesto en un plato de cerámica marrón. Ulrika mete el plato en el microondas y programa dos minutos. La máquina se pone en marcha con un suave zumbido y el aroma a pescado comienza a inundar lentamente el piso. Mientras espera, Ulrika comienza a mover las cosas de Doris: apila los periódicos y el correo de manera desordenada, saca los platos del lavavajillas.

—¿Hace frío fuera? —Doris contempla de nuevo la llovizna. No recuerda la última vez que salió de casa. Era verano. O quizá primavera.

—Sí, puf, el invierno llegará pronto. Las gotas de lluvia hoy parecen granizo. Me alegro de haber traído el coche y



no tener que caminar. He encontrado hueco en su calle, justo frente a la puerta. El tema del aparcamiento está mucho mejor en las afueras, donde yo vivo. Aquí en el centro está imposible, pero a veces tengo suerte. —Ulrika habla sin parar y después empieza a tararear. Es una canción pop que Doris reconoce de la radio. Ulrika se da la vuelta. Limpia el polvo del dormitorio. Doris la oye enredar y espera que no tire el jarrón, ese pintado a mano que tanto le gusta.

Cuando Ulrika regresa, lleva un vestido colgado del brazo. Es de color bermellón, de lana, el que tiene las mangas abombadas y un hilo colgando del dobladillo. Doris había intentado arrancarlo la última vez que se lo puso, pero el dolor de espalda hizo que le resultara imposible llegar más allá de las rodillas. Estira un brazo e intenta cogerlo ahora, pero solo alcanza a agarrar el aire, porque de pronto Ulrika se da la vuelta y cuelga el vestido sobre el respaldo de una silla. La cuidadora regresa y comienza a desabrocharle la bata. Le libera con cuidado los brazos y Doris gimotea en voz baja al notar un latigazo de dolor en la espalda que se le clava en los hombros. Está siempre ahí, día y noche. El recordatorio de que su cuerpo envejece.

—Ahora necesito que se ponga de pie. La levantaré a la de tres, ¿de acuerdo? —Ulrika la rodea con un brazo, la ayuda a levantarse y le quita la bata. Se queda allí de pie, en la cocina, desnuda salvo por la ropa interior. Esa también tiene que cambiársela. Se cubre con un brazo cuando Ulrika le desabrocha el sujetador. Sus pechos caen flácidos hacia su estómago.

—¡Oh, pobre, está helada! Venga, vamos al cuarto de baño.

Ulrika le da la mano y Doris la sigue con pasos cautos y vacilantes. Nota que le cuelgan los pechos y se los agarra con un brazo. En el baño hace mejor temperatura gracias a la calefacción situada bajo los baldosines del suelo, así que se quita las zapatillas y disfruta del calor en las plantas de los pies.

—Bueno, vamos a ponerle el vestido. Levante los brazos.

Ella obedece, pero solo puede levantar los brazos hasta la altura del pecho. Ulrika se pelea con el tejido y consigue ponerle el vestido por encima de la cabeza. Cuando Doris la mira, sonríe.

—¡Cucú-tras! Qué color tan bonito, le pega. ¿Quiere pintarse los labios también? ¿Quizá un poco de colorete en las mejillas?

El maquillaje está dispuesto sobre una mesita que hay junto al lavabo. Ulrika levanta el pintalabios, pero Doris niega con la cabeza y se da la vuelta.

—¿Cuánto tardará la comida? —pregunta mientras regresa a la cocina.

—¡La comida! ¡Ay, qué idiota soy! Se me había olvidado por completo. Tendr  que calentarla de nuevo.

Ulrika corre hacia el microondas, abre la puerta y vuelve a cerrarla, gira la rueda para programar un minuto y pulsa el botón. Sirve zumo de arándanos en un vaso y coloca el plato sobre la mesa. Doris arruga la nariz al ver aquella pasta, pero el hambre le hace llevarse el tenedor a la boca.

Ulrika se sienta frente a ella con una taza entre los dedos. La que está pintada a mano con rosas. Esa que la propia Doris nunca utiliza por miedo a romperla.

—Café, el oro del día a día —comenta con una sonrisa—. ¿Verdad?

Doris asiente sin dejar de mirar la taza.

«Que no se te caiga».

—¿Está llena? —pregunta Ulrika tras pasar unos minutos en silencio. Doris asiente y la cuidadora se levanta para retirarle el plato. Regresa con otra taza de café humeante. Una taza azul oscuro, de H gan s—. Aquí tiene. Ahora podemos darnos un pequeño respiro, ¿eh?

Ulrika sonríe y vuelve a sentarse.

—Vaya tiempo, no hay más que lluvia, lluvia y lluvia. Parece que no va a parar nunca.

Doris está a punto de responder, pero Ulrika continúa.

—No recuerdo si envi  leotardos de recambio a la guardería. Es probable que los pequeños hoy se empapen. Bueno, seguro que all  tienen de sobra y pueden prestarles

unos. De lo contrario, recogeré a un niño malhumorado y descalzo. Siempre preocupándome por los niños, pero supongo que usted ya sabe cómo es. ¿Cuántos hijos tiene?

Doris niega con la cabeza.

—Ah, ¿no tiene? Pobre, ¿así que nunca recibe visitas? ¿Nunca ha estado casada?

La actitud invasiva de la cuidadora le sorprende. No suelen hacer esa clase de preguntas, al menos no de manera tan descarada.

—Pero seguro que tiene amigas. ¿Quién suele venir? Eso parece bien gordo —dice señalando la agenda que hay sobre la mesa.

Doris no responde. Mira la foto de Jenny. Está en la entrada, pero la cuidadora nunca ha reparado en ella. Jenny, que está tan lejos y a la vez tan cerca en sus pensamientos.

—Bueno, mire —continúa Ulrika—, tengo que marcharme. Seguiremos hablando la próxima vez.

Ulrika mete las tazas en el lavavajillas, incluso la que está pintada a mano. Después limpia la encimera con el trapo una última vez, pone el aparato en marcha y, casi sin que Doris se dé cuenta, sale por la puerta. A través de la ventana la ve ponerse el abrigo mientras camina, luego se monta en un cochecito rojo. Doris regresa arrastrando los pies hasta el lavavajillas y lo para. Saca la taza pintada a mano, la aclara con cuidado y la esconde en el fondo del armario, detrás de los cuencos de postre. La mira desde todos los ángulos posibles. Ha quedado bien escondida. Satisfecha, vuelve a sentarse a la mesa de la cocina y alisa el mantel con las manos. Lo coloca todo con cuidado. El pastillero, los caramelos para la garganta, la caja de plástico, la lupa y el teléfono vuelven a estar en su sitio. Cuando alcanza la agenda, detiene la mano y la deja allí apoyada. Hace mucho tiempo que no la abre, pero ahora levanta la cubierta y se encuentra con una lista de nombres en la primera página. Todos los nombres aparecen tachados. En el margen, ella lo ha escrito muchas veces. Una sola palabra. *MUERTO*.

## *La agenda roja*

### **A. ALM, ERIC**

A lo largo de una vida nos cruzamos con muchísimos nombres. ¿Lo habías pensado alguna vez, Jenny? Todos los nombres que vienen y van. Nombres que nos rompen el corazón y nos hacen llorar. Nombres que se convierten en amantes o en enemigos. A veces hojeo mi agenda. Se ha convertido en una especie de mapa de mi vida y quiero hablarte un poco de ella. Para que tú, que serás la única que se acuerde de mí, te acuerdes también de mi vida. Una especie de testamento. Te daré mis recuerdos. Son lo más valioso que tengo.

Corría el año 1928. Era el día de mi décimo cumpleaños y estábamos de celebración. En cuanto vi el paquete, supe que contenía algo especial. Lo vi en el brillo de los ojos de mi padre. Aquellos ojos oscuros que tenía, que normalmente parecían preocupados por otras cosas, esperaban ansiosos mi reacción. El regalo estaba envuelto con un papel de seda precioso. Acaricié su textura con las yemas de los dedos. La superficie delicada, las fibras que se juntaban formando dibujos diversos. Y luego estaba la cinta: una bonita cinta roja de seda. Era el paquete más bonito que había visto jamás.

—¡Ábrelo, ábrelo! —Agnes, mi hermana de dos años, se inclinó ansiosa sobre la mesa del comedor con ambos brazos sobre el mantel y mi madre la reprendió con cariño.

—¡Sí, ábrelo! —Incluso mi padre parecía impaciente.

Yo acaricié la cinta con el dedo pulgar antes de tirar de ambos extremos para deshacer el lazo. Dentro había una agenda encuadernada en cuero rojo y brillante que olía a tinte.

—Ahí puedes guardar a todos tus amigos —dijo mi padre con una sonrisa—. Todos aquellos a quienes conozcas durante tu vida. En todos los lugares emocionantes que visitarás. Para que no lo olvides.

Tomó la agenda y la abrió. Bajo la letra «A» ya había escrito su propio nombre: *Eric Alm*. Y también la dirección y el número de teléfono de su taller. El número que habían instalado recientemente y del que estaba muy orgulloso. Nosotros todavía no teníamos teléfono en casa.

Mi padre era un hombre grande. No me refiero a físicamente. En absoluto. Pero en casa nunca parecía haber espacio suficiente para sus pensamientos, era como si estuviera siempre desbordándose por el ancho mundo, rumbo a lugares desconocidos. Con frecuencia a mí me daba la impresión de que en realidad no deseaba estar allí, en casa con nosotras. No disfrutaba con las cosas pequeñas, no disfrutaba con el día a día. Tenía sed de conocimiento y llenaba nuestra casa de libros. No recuerdo que hablara mucho, ni siquiera con mi madre. Se sentaba allí, con sus libros. En ocasiones yo me acomodaba en su regazo cuando lo veía leyendo en su sillón. Nunca protestaba, solo me echaba a un lado para que no le tapara las letras y las imágenes que habían captado su interés. Olía a algo dulce, como a madera, y siempre llevaba el pelo cubierto de una fina capa de serrín que hacía que pareciera gris. Tenía las manos ásperas y cuarteadas. Cada noche se las embadurnaba de vaselina y dormía con guantes de algodón.

Mis manos. Le rodeaba el cuello con ellas para darle un abrazo. Nos quedábamos allí sentados, en nuestro pequeño mundo. Yo seguía su viaje imaginario cuando pasaba las

páginas. Leía sobre diferentes países y culturas y clavaba alfileres en un enorme mapamundi que tenía colgado en la pared. Como si fueran lugares que había visitado. Decía que algún día saldría a ver mundo. Y luego añadía números a los alfileres. Unos, doses y treses. Era su manera de priorizar las diferentes localizaciones. Tal vez hubiera sido un buen explorador.

De no haber sido por el taller de su padre, claro. Una herencia que cuidar. Un deber que cumplir. Iba al taller cada mañana, incluso después de morir el abuelo, para trabajar junto a su aprendiz en aquel lugar anodino, con montones de tablones apoyados en las paredes, rodeado del olor a aguarrás. A los niños solo se nos permitía mirar desde la puerta. En el exterior, las rosas blancas trepaban por las paredes oscuras de madera. Cuando sus pétalos caían al suelo, los recogíamos y los colocábamos en cuencos de agua; fabricábamos nuestro propio perfume y después nos lo echábamos en el cuello.

Recuerdo mesas y sillas a medio terminar, serrín y virutas de madera por todas partes. Las herramientas colgadas de los ganchos de la pared: cinceles, sierras, gubias y formones, martillos. Todo tenía su lugar. Y, desde su ubicación detrás del banco de trabajo, mi padre lo contemplaba todo. Con un lápiz detrás de la oreja y un delantal marrón de cuero cuarteado. Siempre trabajaba hasta el anochecer, fuera verano o invierno. Luego se iba a casa. A su sillón.

Papá. Su alma sigue aquí, dentro de mí. Bajo la pila de periódicos que hay en la silla que él fabricó, con el cojín que tejió mi madre. Lo único que él quería era ver mundo. Y lo único que hizo fue dejar su huella entre las cuatro paredes de su hogar. Las estatuillas talladas, la mecedora que le hizo a mi madre, los adornos de madera que tallaba a mano. La estantería donde todavía están algunos de sus libros. Mi padre.

## 2

Incluso el menor de los movimientos requiere el mismo poder mental que esfuerzo físico. Mueve las piernas hacia delante unos pocos milímetros y se detiene. Coloca las manos sobre los reposabrazos. Primero una y después la otra. Se detiene otra vez. Clava los talones en el suelo. Aferra el reposabrazos con una mano y coloca la otra sobre la mesa. Balancea el tronco hacia delante y hacia atrás para tomar impulso. La silla en la que está sentada tiene un suave respaldo alto y las patas reposan sobre unas piezas de plástico que la elevan unos centímetros. Aun así, tarda un rato en levantarse. Lo consigue al tercer intento. Después tiene que detenerse un par de segundos más, con la cabeza agachada y ambas manos sobre la mesa, a la espera de que se le pase el mareo.

Es hora de su ejercicio diario: un paseo por su pequeño piso. Camina por el pasillo desde la cocina y rodea el sofá del salón, donde se detiene a recoger cualquier hoja seca de la begonia que hay junto a la ventana. Después llega hasta el dormitorio y se dirige al rincón en el que escribe. Llega hasta el ordenador, que se ha vuelto tan importante para ella. Se sienta con cuidado en otra silla con soportes de plástico. Hacen que la silla sea tan alta que apenas puede encajar las piernas bajo el escritorio. Levanta la tapa del ordenador y oye el zumbido familiar del disco duro al activarse. Pincha en el icono del explorador de Internet del escritorio y abre la edición *online* del periódico. No deja de